



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO III MIS PRIMEROS AÑOS

M I NIÑEZ NO TUVO NADA de extraordinario o notable. Sin embargo debo relatar algunos sucesos de ella. ¿Por qué no me llamé Domingo? Mi querida madre, que era verdaderamente católica, apostólica, romana, no siguió la costumbre de la época, consistente en poner el nombre del santo, cuya festividad se celebra, el día del nacimiento.

Vine al mundo el 12 de mayo en que se conmemora a Santo Domingo y por tanto, Domingo debí haberme llamado. Pero mi madre se rehusó a seguir aquella costumbre por una curiosa razón. Había en la vecindad un niño como de cuatro años, de nombre Domingo, a quien llamaban Dominguín, debido a su baja estatura. Pero todo lo que de ésta le faltaba le sobraba de léxico. Tenía un repertorio de palabras obscenas que espantaba al vecindario. Mi madre afirmaba que el propio diablo debió haber sido su maestro. Dominguín era atractivo y alegre y tenía muchos admiradores entre los demás muchachos del barrio. Sin embargo, mi madre no quiso que yo me llamara como él para evitar que aunque fuera en el nombre, me pudiera parecer a aquel chiquillo. Mas años después, la fatalidad se recreó al reunirme con Dominguín. Fui su vecino. Estaba yo en edad de aprender y a que a quien mi madre

trató de evitar que me contagiara, fue mi maestro. A los siete años de edad conocía a la perfección todo su léxico atronador y picaresco. Resulté ser uno de sus discípulos más aprovechados.

Cuando tenía de ocho a nueve años de edad, era muy hábil para jugar a las canicas, que en Sonora se llamaban “catoras”. Además, con herramientas de mi padre arreglaba trompos, cambiándoles el pico para hacerlos muy “pajitas”, es decir, que apenas se sintiera su peso al tenerlos girando en la palma de la mano. También hacía papalotes y los vendía a los muchachos de “posibles”, garantizándoles que el juguete volaría casi verticalmente y que de lo contrario no sería necesario que me lo pagaran.

Cuando jugando ganaba canicas o trompos, solía regalar parte de mis ganancias a muchachos amigos, preferentemente a los menores que yo, o a los que no tenían recursos para comprar sus juguetes. Como sabía que a mi madre le daba gusto saber esas cosas, le informaba de mis obsequios. Ella, invariablemente me repetía:

—Muy bien, hijo mío, da todo lo que puedas que Dios te dará más.

Durante mi vida traté de seguir este sano consejo de mi madre.

Fui un muchacho común, como la generalidad. No sobresalí en ninguno de los estudios de la escuela. Desde niño preferí el aire libre y el deporte, al encierro o a la vida sedentaria de los estudios, lo que he lamentado extraordinariamente después. Podía haber aprovechado y aprendido más en los pocos años en que asistí a la escuela, pues antes de cumplir los 14 me vi precisado a empezar a trabajar para ayudar a mis padres a sufragar los gastos de la casa. Con ello seguí el ejemplo de mis dos hermanos mayores.

De mis diversos maestros en la escuela, recuerdo con especial cariño a Delfina Rochín y al Eduwiges Rodríguez. Con

esta última mi hermano mayor Fernando, contrajo matrimonio. También guardo cariñoso recuerdo de Amparito Méndez, muy estricta pero a quien profesaba positivo afecto. Con frecuencia y después de las clases, la acompañaba hasta su domicilio. El director de la escuela era don Ignacio Covarrubias, magnífico y enérgico educador. Acostumbraba aplicarnos castigos de tal naturaleza que contrastaban con las señoritas profesoras. Durante mi gobierno en Sonora construí una buena escuela en Nogales y la dediqué a la memoria del director don Ignacio Covarrubias. Debo recordar de él una anécdota:

Había un muchacho, Zacarías Bojórquez, que era un poco mayor que los demás de nuestra clase y a quien todos teníamos recelo o temor, porque nos aporreaba cada vez que se le antojaba. Dos o tres compañeros nos pusimos de acuerdo e ideamos hacerle creer que era el único que podía salir en defensa nuestra para vengar o evitar en el futuro los duros castigos infligidos por el director Covarrubias. Este era un hombre de un metro ochenta centímetros de estatura y con unas manos, tan extraordinariamente grandes, que parecían jamosnes. Logramos convencer a Zacarías que él era tan fuerte como el director; pero que, además, su habilidad era mayor y que con una tunda que le diera se amenguarían los castigos que se nos venían propinando. Quedamos de acuerdo. El director para imponer sus sanciones ejemplares, generalmente sacaba al alumno, que había violado el orden, al patio de recreo de la escuela y allí lo castigaba según la importancia de la falta cometida. Hubo manera de hacer que mandaran a Zacarías con el director para que éste lo castigara. Muchos de los compañeros sabíamos lo que iba a acontecer y esperamos, con verdadera expectación los resultados de ese encuentro maquiavélicamente proyectado por nosotros. No fue necesario esperar mucho. Salimos al recreo y se nos informó que Zacarías estaba encerrado en el cuarto obscuro de la escuela

y que se hallaba bien maltratado. De cada manazo que el director le había descargado lo mandaba de un lado al otro del patio. Después de este suceso, los que provocamos la osadía de Bojórquez, tuvimos que cuidarnos más para no caer en sus garras. Yo me protegí, acompañando con mayor frecuencia a mi maestra, a la salida de clases.

El período que más lentamente transcurrió en mi vida fue aquel en que pasé de los nueve a los diez años. Estaba bajo la candorosa impresión, que se había vuelto obsesión, de que al cumplir los diez sería ya todo un hombre. Y fue así como procuré buscar mis amistades entre personas mayores que yo. Después lo seguí haciendo y gustaba mucho de la compañía de los maduros o de los viejos con experiencia.

Cuando terminaban los cursos en el colegio de Nogales, Sonora, mi madre, que era quien atendía todo lo relacionado con la educación de sus hijos, nos mandaba, para aprovechar el período de vacaciones, a la escuela de Nogales, Arizona. Coincidió nuestra estancia en ella con los meses más fríos del año. Allí me aconteció algo importante. Contaba sólo once años, lo recuerdo perfectamente, y antes de entrar a clases se nos formaba en fila. Entre los compañeros había muchachos mayores que yo. Dos de ellos eran Owen Walker y Don Herrera. Estos tenían, cuando menos, trece o catorce años. No obstante que me aventajaban en edad, los dos se pusieron de acuerdo para lastimarme. No había razón alguna para ello, como no fuera el encono entre mexicanos y norteamericanos, que era evidente durante la época y de manera especial en los lugares fronterizos. Los vecinos del Norte no perdían oportunidad para hacer todo el daño posible a nuestros nacionales. Como dije antes, estaba formado en fila cuando Don Herrera se colocó delante de mí y Walker detrás. El primero me dio un brusco empujón, lanzándome encima del segundo, que advertido como estaba, se había preparado con

una navaja en la mano, la cual, despiadadamente, me metió en la cara, haciéndome una cortada que me atravesó la mejilla izquierda, haciéndome una incisión, de cuando menos seis centímetros, de la boca hacia arriba. Entonces era yo delgado y endeble. En cambio aquellos dos sujetos eran mayores, mas fuertes y corpulentos que su víctima. No pude olvidar este acto de barbarie, de injusticia y de cobardía. Mi pobre madre me llevó con un doctor para que atendiera mi curación. El dolor que la herida me producía, era mínimo si se comparaba con el que sentí al ver sufrir tanto a mi querida mamá.

Los días transcurrían y cada vez sentía más odio y deseos de venganza. Pensé cómo llevarla al cabo y llegué a la conclusión de que lo conveniente era esperar hasta que estuviera en condiciones de fuerza y habilidad, para vengarme satisfactoriamente. Desde entonces me dediqué con ahínco al atletismo e hice todos los ejercicios que se requerían y eran conocidos para desarrollar mi cuerpo y poder utilizar mis fuerzas. En un almacén del negocio de mi hermano Fernando, instalé un pequeño gimnasio. Además estudié box. Debo aclarar que poco después era ya un muchacho peleador. No buscaba las riñas, pero jamás las rehuía. Impedía que se cometieran abusos con los amigos más pequeños y no toleraba ser víctima de injusticias. Muchos pleitos tuvieron por origen la defensa de mis compañeros menores y débiles. Era muy frecuente que llegara a casa ensangrentado y con la ropa hecha pedazos. Buscaba a mi madre para que me limpiara, curara y me diera ropa limpia. Pero antes de entrar a casa me cercioraba de que mi padre no se encontrara en ella, porque de lo contrario y al verme en esas condiciones, que yo mismo había buscado, “me caería agua sobre mojado.” A los quince años era ya un jugador regular de beisbol. Mis enemigos inolvidables también habían crecido y, lo que es peor, seguían siendo más fuertes que yo. No deseaba matarlos, pero sí castigarlos con mis pro-

pías manos. Necesitaba mayor preparación y decidí ir a trabajar a Cananea en donde, como sucedió, podría seguir fortaleciéndome. En Cananea seguí practicando el box, jugando beisbol y haciendo otros ejercicios. A los 17 años de edad, cuando me sentí capacitado y seguro para ejercer la venganza, que tanto había esperado, fui a Nogales en busca de Walker y Herrera, Averigüé que uno de ellos, el primero había muerto. Se degolló con un alambre de teléfonos. Venía arriba de un carro con pacas de pastura y no vio el alambre que se le enredó en el cuello y le causó la muerte.

El segundo, Don Herrera, era hijo de uno de los accionistas de un banco de la localidad, en el cual prestaba sus servicios como cajero. Investigué que el padre de mi heridor había vendido sus acciones y se había trasladado a Los Angeles, California, con su familia. Mi primera intención fue seguir a Don hasta allá; pero pronto recapacité y llegué a la conclusión de que era tiempo de abandonar mi estado de agresión y deseos de venganza. En ello influyó la muerte de Walker y la forma trágica en que se desarrolló. Consecuentemente, mi deseo de venganza en contra de Herrera, desapareció debido a la simple circunstancia de no haberlo encontrado en Nogales.

Años después, cuando era yo Gobernador del Distrito Norte de la Baja California, envié a Los Angeles a mi secretario particular, Guillermo Flores Muñoz, a fin de que buscara una buena imprenta que editara la *Memoria Administrativa* del Gobierno a mi cargo, durante los años de 1924 a 1927. Incidentalmente debo decir que la *Memoria* resultó un magnífico trabajo de impresión. A su regreso, Flores Muñoz me informó que había encontrado a los Herrera, pues Don tenía un hermano menor, en cuya imprenta se hizo la edición de la *Memoria* y que al darse cuenta que yo la había encargado, le informó a Flores Muñoz, que él y sus hermanos me habían conocido de muchacho y que me enviaban saludos. Este fue

el primero y único odio que tuve en mi vida. Felizmente desapareció a tiempo y jamás volví a sentir rencor por persona alguna. A mis enemigos los he tratado con indiferencia, sin desearles jamás un mal.